

Ya algunas granadas que habían caído muy cerca, y cuyos cascós habían roto la camisa ó toldo de algún carro, durante el cañoneo de San Lorenzo, preocuparon bastante los espíritus de los que pudieron notarlo.

Pero ninguna orden se recibía que relación tuviera con tan importante elemento; por cuya causa el Mayor General de artillería se creyó autorizado para tomar una resolución sobre su responsabilidad, y ordenó al Capitán de P. M. F. C. Alejandro Pezo, que era el Comandante del parque, que lo situase en desfilada en disposición de salir al camino real.

Verificada esta operación, la segunda división comenzó á retirarse, y el enemigo á bajar al paso del río.

La partida, pues, estaba perdida, y era preciso batirse en retirada.

Los dispersos de San Lorenzo y toda la gente suelta del campo, atravesaban corriendo por todas partes. La segunda división, con sus reclutas, vacilaba al verse perseguida por el enemigo, que ya comenzaba á pasar el vado y á extenderse á derecha é izquierda.

En tan críticas circunstancias, el parque no recibía orden ninguna. Cinco minutos de indecisión era perderlo. El mismo Mayor ordenó, pues, su retirada definitiva por el camino de Tlaxcala, con prevención de no detenerse por ningún motivo.

El Capitán Pezo lo condujo en formación y buen orden, á paso largo, pero sin precipitación; y media hora después el parque general se había salvado.

Entonces un Ayudante del C. Cuartel Maestre llegó á todo correr á decir al que esto escribe, de orden de aquel General, que tomase el parque el camino de Tlaxcala. Dígale usted al C. Cuartel Maestre, le contesté, que hace buen rato que el parque va por el camino de Tlaxcala.

La segunda división que sostenía la retirada, comenzaba á flaquear, cuando recibió un auxilio oportuno. El General O' Horan, que llegaba al trote con la caballería que mandaba, pasó á retaguardia, y desplegando una parte en tiradores, comenzó á contener al enemigo.

Desde aquel momento la segunda división se recobró un poco y la retirada se fué ordenando. A esto contribuyó mucho la presencia de la tercera división, que estaba formada en columnas paralelas por batallones, delante del pueblecito de Santo Toribio, con cuya actitud impuso respeto al enemigo que trataba de molestar nuestra marcha por el flanco izquierdo; pero teniendo que replegarse aquella división por el único camino practicable que había, la persecución comenzó de nuevo. Sin embargo, la crisis había pasado y la moral de las tropas no estaba abatida.

Llegada la columna al Molino de Topoyango, que es una buena posición, el General en Jefe mandó formar en batalla con el frente á retaguardia, y recibió á cañonazos al enemigo. Mas este, que había conseguido el objeto que se propuso, y que tenía que observar al General Garza, no tuvo por conveniente aventurar una segunda acción; y desde aquel lugar, hasta llegar á Tlaxcala, la marcha se verificó con calma y buen orden, cesando toda persecución.

La pérdida total que sufrimos consistía en cerca de dos mil hombres, entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, ocho cañones, y seis carros de municiones de la primera división.

El convoy, como era de esperarse, fué tomado por el enemigo antes que hubiera podido enganchar y aparejar; pero las baterías de las divisiones y el parque general, que era bastante estorboso, se salvaron, gracias á no haber obedecido la orden de no enganchar aquella madrugada.

En resumen, esta retirada honra á nuestras tropas, pues la verificaron delante del ejército francés, en circunstancias difíciles y después de presenciar, sin poder remediarlo, la destrucción casi total de una de las mejores divisiones.

A las doce del día las tropas descansaban en la plaza de la ciudad de Tlaxcala. Esta población, llena de patriotismo, contemplaba con vivo interés la desgracia del Cuerpo de Ejército. Todas las puertas estaban abiertas,



así de las tiendas como de las casas particulares, y las señoras asomadas á los balcones. Aquella era una prueba de simpatía, la única que podían darnos en aquellos penosos momentos, y nosotros la supimos apreciar debidamente.

Hoy desde el extranjero (1), donde la suerte de la guerra me ha arrojado, dedico á los buenos Tlaxcaltecas un recuerdo de aquel triste día y les deseo la libertad que tanto merecen.

A la una de la tarde salió la tropa de Tlaxcala rumbo á San Martín Texmelucan, cuyo camino, que de algún modo tenía que figurar en nuestras operaciones, no se había tenido cuidado de componer.

Algunos altos se tuvieron que hacer para sacar los carruajes de los malos pasos, y al caer la tarde, la infantería y caballería siguieron el camino directo á San Martín; pero el parque tuvo que salir al camino de Puebla, pues no era posible que pudiese bajar el borde escarpado del río, cerca de aquella población.

En el camino de travesía que se tomó, para salir al de Puebla, se hundió un puente al pasar el primer carro, y el parque quedó detenido sin esperanza de salir de tan mal paso; y como no llevaba arriba de ciento cincuenta hombres de escolta, su pérdida era muy posible si fuese atacado. Afortunadamente nos salvaron del peligro los indígenas de un pueblecito llamado San Mateo, que acudieron espontáneamente al trabajo, llevando algunos útiles de zapa, de que nosotros carecíamos. Repararon el daño en poco tiempo, y ayudaron á pasar los trenes.

Si todos los pueblos de la República imitaran tan loable ejemplo, no estaría enseñoreado de gran parte de la Nación el enemigo extranjero.

Mientras los indígenas reparaban el puente, los Oficiales, descansando sobre la yerba, devoraban una lengua de cibolo que les regaló el dueño de los carros, re-

(1) En Nueva York, año de 1864.

mojada con un trago de mezcal. Era un desayuno á las seis de la tarde.

En marcha de nuevo el parque, llegó á San Martín á las diez de la noche.

La oscuridad más completa reinaba en el pueblo. No había una puerta abierta, ni en las calles un solo paisano. Solamente se encontraban algunos grupos de soldados rezagados y de mujeres, que discurrían aquí y allá buscando sus batallones.

La tropa, una vez alojada, se acostó sin haber tomado alimento en todo el día, si se exceptúan algunos soldados que pudieron conseguir al pasar por Tlaxcala, unas cuantas tortillas ó una pieza de pan.

Ninguna orden salió del Cuartel General para continuar la marcha al día siguiente, y nadie pensó en otra cosa que en descansar de tantas fatigas.

Dejemos, pues, al grueso del Cuerpo de Ejército en San Martín, y veamos lo que había ocurrido en el campo de la cuarta división.

Cuando al amanecer se pudo oír en Ríoprieto y Xostla el canoneo de San Lorenzo, el General Garza puso en movimiento su división; pero antes de que hubiera llegado á Ocotlán, encontró al Coronel Quiroga que se retiraba con los rifleros de Nuevo León, y dió parte al General, que Comonfort había sido completamente derrotado.

En vista de esto, y de un reconocimiento practicado desde las alturas de Ocotlán, el General Garza creyó oportuno retirarse á la hacienda de San Bartolo, á esperar órdenes, lo que verificó pernoctando en dicho punto.

El día nueve de Mayo, el Cuerpo de Ejército se había recobrado de la sorpresa de la víspera, y la moral se hallaba en buen estado. Pero San Martín no es un punto capaz de proporcionar refugio á una tropa que haya sufrido un descalabro, pudiendo el enemigo cargarle con fuerzas superiores.

Hubiera sido, pues, muy conveniente que desde luego, y sin precipitación, puesto que el enemigo no se movía, se continuase la marcha en el mejor orden hasta el puen-



te de Texmelucan, donde de antemano se había construido un campo retrincherado.

Moviéndose la tropa á las ocho de la mañana, podía llegar á las doce, hora muy conveniente para haber distribuido los campamentos, arreglado el servicio, y condimentado los ranchos. Pero según las disposiciones del Cuartel Maestre, parecía que había intención de que la tropa descansara en San Martín; y los cuarteles permanecieron en tranquilidad.

Sin embargo, cosa de las dos de la tarde se comenzó á notar cierta inquietud. Ayudantes corriendo aquí y allá, llevaban órdenes perentorias que debían ponerse desde luego en ejecución. Las baterías y los trenes debían de atalajar y enganchar inmediatamente y salir á formar sobre el camino.

La agitación fué creciendo, y el pueblo tomó una fisonomía de alarma poco alagüeña. Volvieron á cerrarse las puertas, la gente se encerró dentro las casas, y cesó toda circulación por las calles.

Mil rumores siniestros, cuyo origen nadie sabía, circulaban de boca en boca: *¡Cinco mil franceses habían llegado á Huejotzingo! ¡Otros tantos avanzaban por Río-prieto! ¡Y Márquez, el feroz Márquez, con todos los traidores y los argelinos, se hallaba muy cerca por el camino de Tlaxcala! ¡Garza debía estar cortado y no podría retirarse! ¡Y nosotros correríamos igual suerte si no nos poníamos pronto en marcha!*

A pesar de la urgencia con que se daban las órdenes, y de hallarse listos los trenes, la marcha no se emprendió sino entre cuatro y cinco de la tarde.

Pronto una lluvia fina y un viento helado que bajaba de los volcanes, vino á inquietar nuestra marcha, que ya tenía el inconveniente de ser de subida.

Cuando llegó la noche, la gente comenzó á desordenarse, á causa de la oscuridad, del suelo resbaladizo y de los carros y acémilas que encumbraban el camino. Así continuó la marcha por más de dos horas; y cuando las tropas llegaron al puente, recibieron la orden de alojarse sobre el terreno que ocupaban.

Cada cual se fué acostando donde mejor pudo, sin cenar, sin fuego, con el lodo por cama y la lluvia por pabellón. Los caballos quedaron ensillados y enfrenados, los carruajes obstruyendo la carretera, y el ganado de tiro enganchado y sin pienso.

Al General Garza se le habían mandado repetidas órdenes para que se retirase violentamente; y á pesar de haber manifestado que no corría ningún peligro, pues el enemigo no se movía, se le obligó á abandonar á San Bartolo, sin darle tiempo para recoger algún vestuario, viveres y armamento que cuando nos movimos sobre Puebla dejamos allí almacenados.

A la media noche llegaba la cuarta división al puente de Texmelucan, y su vanguardia comenzaba á tropezar con los trenes que estorbaban el camino y con la gente acostada; produciendo naturalmente este choque una tempestad de quejas y maldiciones por una y otra parte, que eran como el complemento de aquel pandemonium.

Detenida la vanguardia por estos obstáculos, era impelida hacia adelante por las voces de mando de los Jefes que venían detrás y por la presión de la tropa que iba llegando y que deseaba terminar la jornada para descansar de una vez.

Pero llegó un momento en que ya no fué posible pasar adelante, y la cuarta división tuvo que contentarse con ocupar, como pudo, los claros que dejaban entre sí los soldados de las otras

Así se formó, sobre el suelo mojado, una masa informe de hombres, mujeres, animales y trenes, que sólo á Dios le hubiera sido dado clasificar y ordenar entre las tinieblas. Es de suponerse que una docena de hombres atrevidos, dando alaridos y disparando pistoletazos al aire, hubieran causado entre aquella multitud despavorida, el mismo efecto que causará algún día sobre las capas de muertos que cubren nuestro globo, la fatal trompeta del ángel del Señor.

¡Pero por fortuna no siempre sabe el enemigo cuándo es oportuno llegar!



Al día siguiente, hombres y animales se levantaron estenuados por la fatiga, el hambre y el insomnio. Toda la mañana se pasó en querer desenmarañar aquel caos, y no parecía sino que un vértigo se había apoderado del artífice encargado de la obra. Yo ví un infeliz batallón que subía la rampa que baja al puente, variaba á la izquierda, como para ocupar la línea fortificada, contra-marchaba, hacía alto algunos minutos, bajaba la rampa, entraba en el mesón que se halla al pié, volvía á salir á pocos momentos, y comenzaba de nuevo esta serie de evoluciones, sin encontrar al parecer ningún lugar que le conviniera para alojarse.

Esta historia se repitió tres ó cuatro veces, y no fué el sólo caso que ocurrió esa mañana en aquel campo. Hechos como el presente reclaman imperiosamente un correctivo para muchos Jefes, que gastan sin necesidad las fuerzas y la paciencia de los soldados, cosas que deberían economizar, y nunca toman en cuenta que la fuerza y el sufrimiento tienen sus límites como todas las cosas.

La moral no volvió á levantarse en el campo del Puente: Tales eran los golpes rudos que se le habían dado.

La retirada de San Martín con su innecesaria precipitación, sus rumores siniestros y mentirosos, y con su desorden premeditado, le habían dado al Cuerpo de Ejército el golpe de gracia; y aquella posición que en otras circunstancias hubiera parecido buena, entonces se le notaban mil defectos, y se inculpaba al jefe de Ingenieros, de descuido y negligencia en la distribución de las obras.

Excusado es decir que el enemigo no se había movido, y que Márquez y los argelinos permanecieron tranquilos delante de Puebla, donde todavía les quedaba que hacer.

Pero la traición consiguió su objeto. Dios, empero, tomará algún día cuenta de tantos desastres al que los haya causado.

Nueve días permaneció el Cuerpo de Ejército en el puente en completa inacción. Nadie se hacía ilusiones ni

abrigaba esperanza alguna de buen éxito en aquel punto, y se creía que solamente en México se podría resistir.

De noche se animaba un poco el campo, que presentaba á la vista un panorama fantástico con sus mil fogatas, y los Oficiales subían á los sitios mas elevados y tranquilos, para ver y escuchar el bombardeo de Puebla, que aún resistía. Pero se contaban uno á uno los tiros de cañón que quedaban en la plaza, y los sacos de trigo que se habían hallado en un almacén tapiado.

Día más, día menos, Puebla sucumbiría: su agonía era larga, pero su muerte infalible. Sin embargo, cada noche traía de nuevo al campo un triste consuelo con el eco de los cañones.

No se trataba ya de que Puebla se salvara; pero un día más que detuviera al ejército francés delante de sus obras de tierra, sería un día más de gloria para la República.

La ansiedad duró hasta la madrugada del día 18, en que se supo en el campo que la guarnición de Puebla no había querido capitular; pero no quedándole salvación, había roto sus fusiles, reventado sus cañones, quemado sus banderas, y entregádose sin condición al vencedor.

Más de mil, entre Generales, Jefes y Oficiales, y ocho ó nueve mil soldados, fueron prisioneros, destinando el enemigo á muchos de estos últimos á aumentar las filas de los traidores.

Habiendo el General Comonfort dejado el mando del Cuerpo de Ejército, el General Garza, en quien recayó, dispuso la retirada á México, la que se verificó en buen orden.

Así terminó la segunda campaña de los franceses sobre Puebla. Esta ciudad había detenido durante dos meses, con simples obras de tierra, armadas con artillería lisa, á cerca de cuarenta mil hombres del ejército francés y de sus auxiliares; y sin la extinción de las municiones de boca y guerra, los franceses, después de sufrir gran-



des pérdidas y de tentativas infructuosas, acaso se hubiesen visto obligados á levantar el sitio.

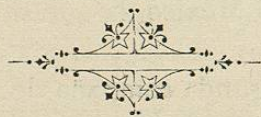
El combate de San Lorenzo fué el segundo hecho de armas importante en esta campaña. Cinco mil franceses y traidores sorprendieron y derrotaron á dos mil y pico de hombres de la primera división. Las otras divisiones que se hallaban separadas, tuvieron que retirarse para no ser batidas en detall.

En este hecho de armas, los franceses no levantaron el campo. Muertos y heridos quedaron abandonados, hasta que una sección médica de nuestro ejército fué á levantarlos, y estableció en Tlaxcala un hospital.

¿Qué causa había, pues, para que nuestras tropas se desalentaran? Que en sus filas había traidores, que al mismo tiempo que las vendían al enemigo, sembraban la desconfianza y la alarma en su seno.

Había querido el que esto escribe, hacer una reseña clara y concisa, solamente del combate de San Lorenzo; pero no ha podido prescindir de llamar la atención de sus compatriotas, sobre algunos episodios que deben grabarse en la memoria de todo mexicano, como lecciones útiles para el porvenir.

Permita el cielo que en lo sucesivo nuestros hombres públicos, animados de sincero patriotismo, no cometan los crasos errores, y tal vez crímenes, que han causado la ruina de la Patria, y que nuestros valientes soldados, bien conducidos, vuelvan á hacerse propicia la victoria.



---

## NOTA

---

El movimiento constante de las tropas, causando altas y bajas en el Cuerpo de Ejército, ó bien ocupando puntos distantes, fué causa de que no me fuese posible averiguar el número de tropas que lo componían.

La opinión general era que ascendían á doce mil hombres; pero esta idea sea acaso exagerada.

Lo único que yo puedo hacer, es asentar la principal fuerza con que se movió el Cuerpo de Ejército, de San Bartolo, cuando fué á ocupar á San Lorenzo, y fué la siguiente:

Tres divisiones de infantería, poco más ó menos de dos mil hombres cada una.

Tres baterías de artillería, una de ellas de ocho piezas, con un personal próximamente de doscientos cincuenta hombres.

Una división de caballería que puede haber ascendido á dos mil hombres.

La escolta del General, que formaban los escuadrones de Rincón Gallardo.

Las fuerzas que mandaba el General D. Tomás Moreno.

Las guerrillas de Carbajal, Aureliano Rivera y otras que no recuerdo.

Un destacamento que cubría el puente de Texmelucan.

Luego se incorporó la división mixta del General Garza, que formó la cuarta y que era la más débil.

La brigada de O' Horan que salió de Puebla.

Ignoro si los rifleros montados de Nuevo León estaban incorporados á la división de caballería. En caso contrario, su fuerza se tendría que aumentar en esta relación.

Es posible que á la simple memoria, y sin datos oficiales ningunos, haya incurrido en omisiones y en errores; pero al menos he procurado dar alguna luz, que alguno, con mejores informes, podrá aumentar.

---